

JUAN DE ANDRÉS Y SUS ARMONÍAS ESPACIALES

Hans Meinke

I. ITINERARIO ARTÍSTICO

La biografía artística de Juan de Andrés (Arévalo, 1941) arranca en su Uruguay natal, donde inició en 1958 el aprendizaje de la pintura y los estudios de arte con el destacado pintor constructivista Carlos Llanos y el pintor y muralista Day Man Antúnez, ambos pertenecientes al mítico Taller Torres García, fundado en Montevideo por el creador del *universalismo constructivo* Joaquín Torres García (1874-1949).

Juan de Andrés ejerció en Uruguay sus primeras actividades profesionales en una doble vertiente: la de profesor de dibujo de enseñanza media y la de artista creador de pinturas murales al fresco y de murales en hormigón y cerámica con relieves. En 1977, a causa de la dictadura militar en Uruguay, se trasladó a España, afincándose primero en Zamora y, a partir de 1980, en Barcelona. Aquí entabló amistad con artistas relevantes, como Joan Hernández-Pi Joan, Albert Ràfols-Casamada y Josep Guinovart, y logró pronto integrarse en el estimulante ambiente cultural catalán. Éste registraba en la década de los ochenta la irrupción de una nueva generación de creadores y la eclosión de múltiples manifestaciones artísticas, con dominio creciente de lenguajes próximos a los *nuevos salvajes* o el *neoexpresionismo*, surgidos en Centroeuropa como contrapunto del *arte conceptual* y el *minimalismo* de los años setenta.

Obviando las nuevas tendencias imperantes, siguió Juan de Andrés desarrollando su trabajo de creación por senderos personales propios. Paralelamente mantuvo una sostenida actividad docente, en la que hay que destacar: los cursos de artes plásticas para enseñantes, que impartió en la escuela Rosa Sensat, las clases de formación artística en EINA, la dirección y docencia en el Taller Municipal de Artes Plásticas de Sant Boi de Llobregat y la fundación, en colaboración con sus alumnos, del Grupo de Arte Constructivo Rasen. Durante su prolongada estancia en España adoptó Juan de Andrés la nacionalidad española.

En 2011, tras tres décadas y media de permanencia en el país, regresó a Montevideo, donde fijó su residencia y estudio. Desde allí efectúa periódicos desplazamientos a la Península, especialmente a Barcelona, para atender compromisos expositivos, emprender nuevos proyectos y renovar afectos y amistades.



II. LA OBRA

El exilio español supuso inicialmente para Juan de Andrés un brusco apartamiento geográfico y una privación de su entorno vital acostumbrado, con el consiguiente aislamiento cultural y emocional. Es plausible por ello que la experiencia traumática de desarraigo, inestabilidad e incomunicación impulsara su búsqueda de equilibrio, orientación y sosiego por la vía de la reflexión, la introspección y la concentración meditativa.

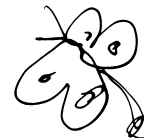
Así, partiendo de las enseñanzas y los fundamentos estéticos y filosóficos del *universalismo constructivo*, que le proporcionaron sus maestros del Taller Torres García, comenzó a desarrollar un lenguaje propio, adentrándose progresivamente en el territorio de la abstracción. Este proceso fue propiciado por su estancia en Barcelona y sus viajes a París, Madrid y otras ciudades, etapas en las que, analizando y contrastando sus ideas y conocimientos, adquirió conciencia de su intuitiva y natural inclinación hacia el constructivismo, que de ahora en adelante habría de servirle como plataforma para el desarrollo y la proyección de su propio mundo interior. Partiendo de esta base, fue en lo sucesivo alejándose de la ortodoxia constructivista torresgarciana con sus cuadrados y rectángulos sembrados de símbolos o signos del acervo cultural de la humanidad, para escorar en grado creciente hacia la abstracción radical.

En este recorrido fue despojando a su obra de toda referencia a la realidad del mundo externo y transformándola en composiciones o estructuras de riguroso carácter geométrico y constructivo, caracterizadas por una extrema racionalidad y austeridad y una suma precisión y pureza. Si inicialmente se había limitado a trabajar sobre plano, ahora, y de modo progresivo, fue agregando sobre la superficie plana del cuadro elementos de relieve que abrían la obra al espacio y la dotaban de un carácter corpóreo y objetual.

El espíritu de los materiales y el rigor de las formas

En la elaboración de estas piezas -que bien podrían denominarse *picto-esculturas*, por combinar elementos pictóricos y escultóricos- emplea Juan de Andrés materiales como la madera, el papel, el cartón y los lienzos y tejidos de diversas texturas, todos ellos escogidos con el máximo esmero. Los materiales ejercen sobre el artista un especial hechizo por su peculiar y genuino espíritu matérico, es decir su intrínseca cualidad física o corpórea y sensual, a la que atribuye también expresividad simbólica y trascendencia espiritual. Esta propiedad o *espíritu de los materiales* suscita en Juan de Andrés un particular afecto por ellos, una estima que, al trabajarlos, le exige una total entrega e implicación emocional, circunstancia que se ve reflejada en la envolvente calidez y la amorosa y perfecta hechura de sus creaciones.

La acusada sensualidad del artista para la materialidad de sus obras se corresponde con una equivalente sensibilidad para las formas y la disposición de éstas en el espacio. Las composiciones



de Juan de Andrés atraen al observador tanto por su rigurosa austeridad y la limpieza y claridad de sus líneas, como por la medida y el equilibrio de las formas. A todo ello ha de añadirse una controlada aplicación de los colores, que el artista selecciona de una restringida paleta de preferencias cromáticas. Su abanico incluye blancos, negros y grises, pardos, ocre y sienas, amarillos y rojos, en refinadas y bien temperadas tonalidades y matices.

De la combinación y la interacción de los elementos e ingredientes reseñados nacen composiciones o construcciones abstractas –cuadros, collages, cajas y ensamblajes- de gran armonía e impregnadas de calma, espiritualidad y hondura, de una elocuencia silenciosa y una profundidad que el autor ve en la abstracción pero considera inalcanzable en la figuración.

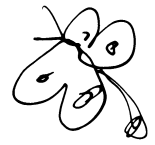
Parentescos arquitectónicos y complicidades espirituales

La radical abstracción geométrica de Juan de Andrés con sus formas constructivas, sus segmentaciones rectilíneas y la ordenación modular del espacio remite en cierto modo a la arquitectura y el universo de la edificación. Sus composiciones y ensamblajes, tan descolantes por el rigor de su geometría, la precisión de las piezas y la clara nitidez de su montaje, animan incluso a buscar parentescos arquitectónicos en el mundo real. El más cercano y sugerente podríamos tal vez encontrarlo en el Pabellón de Barcelona, de 1929, del arquitecto Ludwig Mies van der Rohe, un prodigio de cristal, acero y cuatro tipos de piedra, considerado un referente clave de la arquitectura del siglo XX.

Adentrarse en las “construcciones” de Juan de Andrés, recorrer con la vista sus apartados y segmentos, captar la armonía de sus medidas proporciones y sentir la belleza y perfección de los materiales y colores, es como penetrar en un recinto ideal: un espacio acogedor y habitable, comparable a una morada de aposentos claros, ordenados y serenos, que invitan al disfrute íntimo, la reflexión y el sosiego. El artista, que considera su obra una entrega a los demás, busca recrear y proyectar su mundo interior en estas piezas que representan espacios físicos, mentales y espirituales, habitables por quien desee adentrarse en ellos.

Esta visión de su obra puede sugerirle al observador el recuerdo de *Las moradas* o *El castillo interior* de Teresa de Ávila, guía espiritual escrita en 1577, donde la mística describe el alma como un castillo de diamante o muy claro cristal, en el que hay muchos aposentos -“*así como en el cielo hay muchas moradas*”- cuyo recorrido conduce a la unión con Dios.

Pero la percepción de las construcciones del artista como espacios imaginarios, acogedores y habitables para un observador contemplativo, nos lleva también a descubrir analogías con las reflexiones del filósofo Martin Heidegger (1889-1976) sobre el hombre y el espacio, publicadas en su ensayo *Construir, habitar, pensar*, de 1952. Para Heidegger habitar es por antonomasia el modo de ser del hombre en la tierra, no el mero vivir o residir en un lugar sino, en un sentido esencial y más amplio, la manera positiva y armoniosa de relacionarse con su entorno, de cultivar, crear, de



custodiar y cuidar el espacio. Así, construir, aparte y más allá de edificar o erigir construcciones, es para Heidegger en esencia habitar, y de ello deduce que el ser humano es lo que es en la medida y la manera en que habita.

Partiendo del razonamiento de Heidegger, puede decirse que las construcciones que crea Juan de Andrés son una manifestación de la manera de ser del artista en la tierra y un reflejo de su modo empático y afirmativo de relacionarse con el entorno. Mediante la construcción de sus acogedoras armonías espaciales crea recintos que invitan a ser habitados y compartidos por quienes concurren a su llamada y contemplación